entonces agotada. Pero también principio de la novela contemporánea, como lo demuestran Proust o Joyce, Kafka o Musil, autores a los que se acude, con extrema y sospechosa generosidad, para hablar de los novelistas que han originado estas notas. Ruptura que sí se daría en la novela hispanoamericana que, desde el modernismo, agita la prosa con un voluntarismo estético, tan bien visto por Valle-Inclán; pero que, igualmente, en ese primer cuarto de siglo, desde Güiraldes a Miguel A. Asturias, desde José E. Rivera a Rómulo Gallegos es también una inauguración —incomprensiblemente olvidada y tan marginal para nosotros— de la prosa contemporánea en lengua española. No creo que pueda hacerse, de una manera cabal, el estudio de la novela española de este período sin una referencia a la novela hispanoamericana y sin concluir una confrontación crítica al respecto con la novela española, por tanto tiempo esperada. Pues realizada hasta la saciedad una crítica en extremo técnica, cuando no obligadamente exculpatoria de unas presumibles trasgresiones morales e ideológicas existentes en los novelistas de este período, es hora de atender con urgencia a todos estos otros aspectos que, por lo visto, suelen ser tratados de modo muy superficial o se convierten en meras referencias circunstanciales. Hacerlo traería consigo, de una vez por todas, la aproximación de estos escritores al lector que los recibiría como patrimonio vivo y no como objeto de eruditas especulaciones. Situados en su verdadero lugar, además, perderían definitivamente su condición de tabúes de nuestra novela contemporánea.—JORGE RODRÍGUEZ PADRÓN *(Apartado de Correos, 74. CULLERA. Valencia).*

Cómo terminan las democracias *

Revel nos tenía acostumbrados a esperar de él libros de corte filosófico y de análisis críticos, como *Ni Marx ni Jesús* o *La tentación totalitaria.* Este, por el contrario, es un libro de combate, un alegato amedrantador, un panfleto incluso, si no fuera por la implacable precisión con que desmonta el fenómeno de la expansión comunista. La idea general del libro es ésta: la democracia está menos amenazada que nunca en el interior y más que nunca desde el exterior. ¡Ojalá la primera parte de la afirmación fuera cierta, sin más! Pero sobre ello ya ha escrito Revel en otras obras. Lo que intenta demostrar con contundencia es la segunda parte: la amenaza que se cierne desde fuera de las democracias, sobre todo cuando el más reciente y el más temible de esos enemigos exteriores, el comunismo, variante actual y modelo acabado del totalitarismo, consigue presentarse como un perfeccionamiento de la democracia misma, aun siendo su negación absoluta. La democracia, por su propia forma de ser, mira hacia el interior: está ocupada en el mejoramiento paciente y realista de la vida en sociedad. El comunismo, por el contrario, se orienta, por necesidad, hacia el exterior, porque

* JEAN-FRANÇOIS REVEL: *Cómo terminan las democracias.* Ed. Planeta, Barcelona 1983.

constituye un fracaso social y es incapaz de engendrar una sociedad viable. El totalitarismo comunista es más hábil en el ejercicio de sus capacidades expansionistas que las democracias en el de su propia defensa, porque éstas se inclinan a desconocer, y a negar, incluso, las amenazas de que son objeto, por lo mucho que les repugna tomar las medidas idóneas para darles réplica. Por otra parte, las democracias juegan con desventaja: al revés que el sistema totalitario, que no tolera los enemigos interiores, en las democracias el enemigo interior explota el derecho al desacuerdo y a la crítica como prerrogativas de la democracia misma. Son víctimas, además, de la «industria de la culpa», cuyo postulado fundamental consiste en achacar a los países ricos y democráticos cuanto de malo ocurre hoy en el tercer mundo, bajo la forma de explotación. De su creencia en la propia culpabilidad, explotada desde dentro de las democracias por ciertas izquierdas, procede el que se constituyan en víctimas complacientes. Los ataques más peligrosos, más sistemáticos, contra la democracia han venido de la izquierda revolucionaria: terrorismos rojo en Italia, en España, en la República Federal de Alemania, y tentativa de una minoría de implantar en Portugal un régimen totalitario, militar-comunista, en 1975. Al alimentar la idea de que un sistema de autoridad política debería desmoronarse porque es incapaz de hacer vivir dignamente a sus súbditos —idea que sólo puede ocurrírsele a un demócrata— las democracias prestan al régimen totalitario los principios reguladores y el universo mental del sistema democrático.

Matizándola, Revel se adhiere a la tesis de Tocqueville, de que no es el estancamiento ni la regresión lo que engendran las revueltas; es el progreso, porque antes ha engendrado los bienes gracias a los que no son vanas las revueltas. De otra manera: fuerza del estado y felicidad de la sociedad no se hallan relacionados en el contexto totalitario. Curiosamente, se puede constatar históricamente cómo son las democracias las que reducen sus gastos militares cuando la economía va mal. El sentimiento de culpa engendra, a su vez, *el miedo al saber;* por ejemplo, tendemos a pensar que las sanciones económicas impuestas a la Unión Soviética no frenaría al expansionismo ni contribuiría a la causa de la paz. Y aquí los ejemplos y el humor desplegado por Revel son contundentes. De este modo nos convertimos en *abogados ante nosotros mismos* de las tesis más favorables a la Unión Soviética. Lo que hacemos es pensar lo que la URSS desea que pensemos, aceptar el principio de *no reciprocidad* de las concesiones como la regla legítima. Analizando el caso de Polonia muestra Revel cómo nos dejamos sorprender por las iniciativas soviéticas, y cuando reaccionamos, si lo hacemos, las nuestras son improvisadas, efímeras, confusas.

«El secreto del imperialismo comunista es que sigue siendo un imperialismo territorial». Del examen de los hechos se deduce que en las perspectivas a largo plazo de la Unión Soviética, todo país es candidato permanente al paso de la categoría superior, a la promoción del rango de "país no alineado" al de protectorado, luego desde éste al grado de satélite inalienable. De manera que «la única concepción del socialismo que todavía vale, después de su desastre como modelo, es la concepción kilométrica, territorial, catastral. A partir de los datos de que dispone, Revel cree que la carrera de armamento, es, contra las apariencias, una carrera unilateral y, en lo referente a los movimientos pacifistas europeos y otros tipos de oposiciones al

imperialismo norteamericano como la que se produjo a propósito de la amenaza de retirada de tecnología norteamericana para el gaseoducto siberiano— «no es más que la cara visible de su sumisión al imperialismo soviético».

Al examinar la estrategia planetaria y los métodos de vigilancia activa que utiliza la URSS, Revel, que en una entrevista a Jean Cau le decía que en este libro trata de evitar hacer juicios valorativos, deja escapar algunos como el siguiente: «El imperio soviético es el primero en la historia que no puede ni descentralizarse notablemente sin correr de inmediato el riesgo de desmoronarse, ni detenerse en su expansión puesto que el comunismo, incapaz de engendrar una sociedad viable, no podría tolerar la persistencia fuera de él de sociedades testigos que constituirían otras tantas actas de acusación contra él...».

El comunismo tiene visión a largo plazo, y, a la vez, conserva la memoria del pasado; considera siempre un repliegue forzoso como provisional para luego volver a la carga. En la alternancia de tácticas —guerra fría, coexistencia, distensión— Revel llega a la conclusión de que los soviéticos no harán la guerra si pueden obtener —por la ingenuidad o la obcecación de los occidentales— sin hacerla la mayor parte de lo que esa guerra les aportaría. En su trato con los occidentales «todo el arte de Moscú consiste en colocar a los europeos en una situación tal que la defensa de su dignidad coincida milagrosamente con la salvaguardia de los intereses soviéticos».

Los soviéticos han explotado magistralmente la *desinformación,* de la que han hecho una ciencia de los fallos de las democracias, mientras éstas manifiestan una ignorancia pasmosa de las debilidades de la sociedad soviética.

A analizar lo que denomina «marcos mentales de la derrota democrática» recurre Revel a la memoria histórica: el muro de Berlín como origen del «breviario de la cobardía»; la bufonada de la «guerra fría» («cuando el comunismo ataca, se considera que defiende; cuando la democracia se defiende, se considera que ataca»); un cáustico recuerdo al inventor de la distensión, el general De Gaulle; «Yalta o la novela de los orígenes». Especial mención merece el desmontaje que hace de las ilusiones de los occidentales a propósito de las sucesiones en el Kremlin: «Milagro en Moscú, o la comedia de las sucesiones». Se supone que en los relevos de poder que se suceden en el Kremlin un liberal sucederá al difunto, y los occidentales se ven necesitados inmediatamente de hacer concesiones. Los hechos se encargan de desmentir pronto estas suposiciones.

Cuando se producen invasiones, la actitud generalizada de no dar la razón a ninguna de las dos partes favorece en realidad a la propaganda y al poder soviéticos. «Sirve para presentar como pura rutina conquistas que constituyen un incremento sustancial y tangible del poder del imperio comunista, permitiendo contar en frente, como factores de equilibrio, un conjunto heteróclito de rasgos del mundo liberal que, o bien son conquistas, o bien no son en grado alguno el contrapeso de las conquistas comunistas.»

Repetidamente insiste Revel en que el objetivo de su libro no es averiguar quién se equivoca o quién tiene razón, sino poner al desnudo un mecanismo. En el caso de las relaciones internacionales y del juicio de las opiniones públicas, «éstas se establecen

de tal forma que en casi todas las situaciones infligen a Occidente un *handicap* inicial casi imposible de superar».

De cualquier modo, los últimos epígrafes —«las democracias contra la democracia»— y la *Conclusión* se transforman en un alegato contra el totalitarismo soviético al proclamar que éste constituye un tipo único, no homologable con ningún otro ni del pasado ni del presente. Revel no ha sido parco en la acumulación de datos y hechos de todo tipo. Y estaríamos dispuestos a concederle nuestro asentimiento total y a asimilar la caución a que nos invita, si no se le pudiera aplicar a él también la trampa de las dos memorias. Tampoco se trata de entrar en una dialéctica de contraejemplos. Un imperio no se afianza sino frente a otro imperio y un museo de los horrores imperialistas sólo nos puede conducir al rechazo de cualquier imperialismo. El día de la «comunidad de los pueblos libres» está lejano aún, y esperamos que la tensión de las espadas en alto no se pueda soportar indefinidamente. Y preferimos pensar que la fuerza interna moral de las democracias sea superior a la astucia y a las armas. De todos modos, gracias por el aviso.—MANUEL BENAVIDES *(Angel Barajas, 4, 4.º Pozuelo-Estación. MADRID-23).*

Puerto Rico, un país, un personaje *

Puerto Rico, año de 1898. El imperio español se ha desmoronado y el sucesor toma posiciones. Avanza sobre el Caribe, un área de importancia vital, para el comercio y la estrategia militar. Es el patio trasero, la tercera frontera, si se quiere emplear un término más técnico. Cuba es sometida por medio de la «Enmienda Plat»; Borinquen, Puerto Rico, no necesita siquiera de semejante chapuza política. Es prácticamente absorbido y pronto se convertirá en Estado asociado de la Unión, aunque el castellano seguirá como lengua oficial.

La eclosión industrial norteamericana y la consecuente necesidad de mano de obra, precipitan el éxodo de ingentes masas del Sur hacia los populosos centros fabriles norteamericanos. Puerto Rico sigue la misma senda, aunque en condiciones ventajosas, ya que sus naturales no tendrán que documentarse como extranjeros, puesto que no lo son. Van y vienen principalmente a Nueva York, y casi desde el primer momento de la separación de España, la sociedad se norteamericaniza, adquiere todos los estereotipos del mundo anglosajón. No es como la vecina Cuba, en donde los ecos de la pasada contienda se convierten en capital y herencia para enfrentar al nuevo invasor.

No. Borinquen, la tierra de los taínos, el Puerto Rico español, es rápidamente asimilado y ahora es «Pororico», Estado asociado.

La sociedad portorriqueña, al compás del flujo y reflujo, se siente cómoda con dólares en el bolsillo, a bordo de los enormes «carros» fabricados en Detroit, degustando el whisky y el Malboro del contrabando legalizado; juega al base-ball con

* EMILIO DÍAZ VALCÁRCEL: *Mi mamá me ama.* Ed. Seix Barral, Barcelona 1981.